

**Texto utilizado en la PRESENTACIÓN del libro:**  
***Mina y Literatura en la España de los siglos XIX y XX,***  
***de Benigno Delmiro Coto***  
***Editorial Trea, Gijón, Octubre de 2003.***

Auditorio de Oviedo. Sala 5. Jueves, 4 de diciembre de 2003 (Día de Santa Bárbara)

### **Agradecimientos**

En primer lugar quiero mostrar mi agradecimiento a COMISIONES OBRERAS DE ASTURIAS, y a su *Fundación Juan Muñiz Zapico*, donde se desvelaron porque este libro viese la luz (muchas gracias a Francisco Prado Alberdi, gracias a Herminia, a Rubén Vega, que fue quien inició las primeras gestiones, y, muy especialmente, ¡gracias!, al trabajo incansable y eficaz de Benjamín).

Mi agradecimiento impagable, también, para JOSÉ-CARLOS MAINER, Catedrático de la Universidad de Zaragoza, y prologuista, que fue director de la Tesis Doctoral, defendida en la Universidad de Zaragoza, que está a la base de este libro y sin cuya orientación y ánimo nunca se hubiese realizado de esta forma.

Y mi agradecimiento a ELÍAS GARCÍA DOMINGUEZ, que hoy nos acompaña en la mesa y que fue el primer investigador español que (ya en noviembre de 1969 con sendos artículos en *Asturias Semanal*) puso al descubierto el inmenso y riquísimo filón de textos literarios que tratan sobre las minas y los mineros en España. Por lo demás, a Elías también le debo, por esas casualidades afortunadas para uno que tiene la vida, el que hoy esté sentado yo aquí en esta mesa presentándoles a ustedes un libro como éste: yo tuve la inmensa fortuna, al igual que algunos y algunas personas hoy aquí presentes, de haber tenido a Elías como profesor de Literatura en el Instituto de Enseñanza Media de El Entrego, y desde entonces no he hecho otra cosa que intentar seguir sus enseñanzas tanto en lo humano como en lo profesional buscando siempre no defraudarle.

Muchas gracias a la Editorial Trea y a todas las instituciones que patrocinan y colaboran en su edición.

Y muy cordialmente, muchas gracias a todos ustedes y a los amigos y amigas por acudir a esta cita.

## **Presentación**

La literatura que se ocupa de los mineros configura una serie de obras muy singular que encaja dentro de la llamada *literatura social*, por lo demás de honda tradición histórica en las letras españolas. Esta literatura, aparte de sus indudables méritos estéticos, posee un alto valor documental ya que insiste de continuo en las condiciones de vida en las que se desenvuelven los trabajadores, tanto en el interior de las explotaciones como en los lugares donde reproducen su desgastada fuerza de trabajo.

La literatura minera se presenta, con frecuencia, cargada de tanta tensión ideológica que obliga a los bandos en litigio, y a sus instituciones más representativas, a dejar constancia literaria de lo que ocurre, tal como sucederá a propósito de los sucesos revolucionarios de Asturias, en Octubre de 1934.

Pero la aportación más decisiva y duradera de la literatura de la mina estriba en la proyección hacia el exterior de una imagen fija, de un estereotipo, de las comarcas mineras, y que tanto ha afectado y aún afecta a Asturias. Y es que ningún otro sector laboral ha teñido las páginas literarias con la intensidad que lo ha hecho el mundo minero, en consonancia, sin duda, con su papel hegemónico en la dinámica socioeconómica de cada región y de cada país.

Esta literatura se encuentra escrita en poemas, cuentos, teatro, novelas y se prodiga en el cancionero popular. En el plano del contenido, está trabada por una serie de motivos o temas recurrentes que afectan a personajes, argumento y ambientación. Motivos dispuestos para servir a unas muy determinadas simbolizaciones o mitos de enorme eficacia retórica y abundante utilización por parte de los autores y autoras que se han ocupado de escribir sobre las minas con intención artística.

### **1. Los motivos temáticos más repetidos en la literatura de la mina son:**

1. La relación siempre problemática entre campo y mina: prefigurada ya en la obra de Palacio Valdés, *La aldea perdida*.

2. La presentación de un paisaje activo, animado sentimentalmente y partícipe en lo que sucede como una supervivencia del gusto romántico.
3. La fijación de personajes estereotipados: el minero malvado, como los Plutón, Joyana o Máximo de Palacio Valdés; la «mujer sufridora», al estilo de ese personaje femenino tan entrañable como la Teresa de Clarín; los niños mineros de la estirpe de Celipín —en *Marianela*, de Benito Pérez Galdós—; el profesional liberal adicto a los mineros, el viejo sindicalista consejero y depositante de la «conciencia histórica» acumulada; el patrón egoísta e insolidario o el clérigo de base azacaneado por la parroquia obrera.
4. El trabajo en el interior de la mina del que se derivan situaciones repetidas de enfermedad profesional inevitable y accidentes —provocados por grisú, inundaciones, derrumbamientos, o por el manejo de las máquinas o de los barrenos—.
5. La vida cotidiana en el exterior presidida por mil calamidades.
6. El estallido social fruto de una cadena de acontecimientos que arranca del hambre y a lo que sigue: la movilización, las asambleas, las huelgas, la presencia de esquiroles, la actuación de las tropas del estado, la represión, las muertes a docenas, el exilio, los sabotajes, los atentados personales... que concluye siempre con el fracaso de los contendientes, tanto da si son patronos como obreros.
7. La confrontación de ideas ocurre a varias bandas: entre mineros y patronal, mineros e institución eclesiástica o entre las distintas opciones sindicales (socialista, anarquista o comunista).
8. Otros motivos temáticos registran las diversiones, cuyo foco de actuación es la taberna —constituida en centro de información, debate, jolgorio y vicio— o las romerías al aire libre, donde a menudo se emplean giros lingüísticos peculiares que reproducen dialectos regionales.

## **2. La creación literaria de un mito**

Todos estos motivos recurrentes que afectan a personajes, argumento y ambientación aparecen frecuentemente dispuestos al servicio de determinadas simbolizaciones —de corte mítico— de enorme fuerza retórica y

que son muy abundantemente utilizados. Y esto ha sido así tanto en España como en otros países, probablemente, porque la extracción de minerales de la tierra se produce en un ámbito que se muestra extraordinariamente apto para generar símbolos con gran fuerza expresiva. En las entrañas de la tierra mora Hades (Plutón para los latinos). Se lucha contra la piedra —cifra de la fuerza invencible y lo imperecedero— y con el fuego —la destrucción regeneradora—. El agua provoca torrentes insospechados. El aire está plagado de gases fantasmagóricos y traicioneros. La magia destructiva de los cuatro elementos constitutivos de la tierra parece reunirse para evitar que los trabajos de extracción esquilmen sus tesoros

Así, cuando leemos a la manera mítica, y si atendemos a los entresijos de muchas de estas obras, al principio se nos da a entender que existió una «aldea perdida» idílica —descrita en términos costumbristas y sentimentalmente entrañable— y que pronto todo aquello degeneró en un campo de batalla minado por el carbón y regado por la sangre inocente de los campesinos que vertían unos nuevos seres surgidos de las profundidades —medio hombres y medio diablos—, plutones redivivos en sus facetas más perversas.

Es cuando aparecen los primeros mineros como seres malvados e invasores frente al «buen salvaje» —el hombre campesino «intrahistórico» noble y rudo, respetuoso del orden establecido—. Esta construcción del personaje minero como si fuera una auténtica fiera servirá de modelo perfecto para quienes escriben sobre la Revolución de Octubre del 34 desde posiciones políticas conservadoras o desde el seno de la propia Iglesia. Posteriormente servirán —en la posguerra— a los autores que, como César Rubín, Martín Vigil o García Miñor, ensayen nuevas visiones del mundo minero, separando ahora a estos «mineros salvajes» de otros mineros más obedientes y virtuosos que se caracterizan por una religiosidad interior profunda, el respeto por las personas y enseres, la aceptación resignada de accidentes y muertes continuadas en el trabajo y la convivencia con curas católicos activistas.

En paralelo a esta visión peyorativa del mundo minero que es la que ha perdurado, incluso hasta hoy mismo, en muchos lugares donde nunca hubo

explotaciones mineras, se va fraguando otra (propia de las obras interesadas en la denuncia social —tales como *Teresa* (Clarín), *El intruso* (Blasco Ibáñez), *Los vencedores y Los vencidos* (Ciges Aparicio), *La espuma* (Palacio Valdés), *Daniel* (Joaquín Dicenta), *El metal de los muertos* (Concha Espina), *Los hijos de la piedra* (Miguel Hernández), *Los hombres crecen bajo tierra* (Carlos M. Ydígoras), *La mina* (Armando López Salinas), *Sueño de sombra* (Víctor Alperi y Juan Mollá), etcétera—), basada en la conmiseración por un minero sacrificado, víctima mayor de un sistema económico injusto que él soporta de modo más o menos impasible hasta un punto límite en el que se desborda su paciencia. El colectivo minero se transforma entonces en una masa activa, arrolladora, que tiene mucho más que ver con un desbordamiento de río o estampida de animales salvajes, con un desprendimiento de tierras o un terremoto, que con seres de proporciones humanas. Para hacer entender tal desmesura, estas obras favorables a los mineros insisten en los motivos del accidente insospechado en el interior de la mina —incendios, inundaciones y derrumbes— o al polvo de sílice en suspensión que va mellando sus pulmones lentamente o a una serie de elementos dinámicos que hacen que todo aquello sea, efectivamente, como la guarida del diablo: un espacio angosto, oscuro y amenazante cual bestia apocalíptica siempre al acecho que con frecuencia devora a sus infelices habitantes injustificadamente. Ya desde aquella novela, *Germinal*, de Zola, en 1885, la mina por dentro es como un monstruo saturnal que engulle a unos seres que en sus dominios están inermes, víctimas desamparadas y obligadas a ganarse el sustento arrancándosele prácticamente de los dientes a ese endriago, también hambriento, que se resiste a que lo esquilmen.

Pero, si allá abajo el minero es esclavo, sujeto a tantas miserias y peligros, en la superficie no se le ofrece, a él y a sus familias, una vida cotidiana mucho más ventajosa: pasa un hambre canina, yace en moradas malolientes e insalubres; está falto de medios higiénicos, vive en poblaciones horribles, sus comidas son limitadas, están cargado de hijos a los que desea rápido crecimiento para que se incorporen a las cuadrillas mineras y aporten dinero a su peculio cuanto antes. Las mujeres trajinan enfebrecidas a la búsqueda del sustento. Así, de tal tipo de vida limitada e insufrible —tanto dentro de la mina

como fuera—, es lógico que brote la radical insumisión minera como un resorte, jamás deseado por los mineros, que pone en movimiento un conjunto de acciones siempre semejantes que empiezan por la huelga y suelen acabar a tiros de la fuerza pública, sabotajes de instalaciones y el fracaso de todos. Nadie mejora de estado, pues todo queda como al principio, descontadas masacre y destrucción; únicamente sale fortalecido el sistema de producción capitalista que una vez más sobrevive, inmune a estas erupciones sociales, convertido en un fantasma invisible e invencible al que todos parecen servir con desagrado.

### **3. Estructura del libro**

El libro está dividido en seis capítulos que abordan un espacio cronológico que va desde el último tercio del siglo XIX hasta la actualidad. Se trata la literatura minera española, compuesta en todos los géneros literarios; excepción hecha del capítulo inicial y el primer epígrafe del capítulo sexto, donde se estudia una muestra de literatura minera internacional, que permitirá analizar los paralelismos, tanto formales como de contenido, con la elaborada en nuestro país.

En el capítulo primero se seleccionan autores europeos del siglo XIX y XX, y al peruano César Vallejo y al chileno Baldoemro Lillo, con el objetivo de comparar aspectos concretos que resulten similares a los de las obras, más o menos coetáneas, de los escritores españoles. Aquí se encontrarán con *Germinal* de Emilio Zola -a la que es inevitable referirse por su valor canónico muchas veces a lo largo del libro-, con Julio Verne, Richard Llewellyn, Lawrence, Cronin o con George Orwell.

El capítulo segundo se centra, por una parte, en un conjunto de obras donde aparecen por primera vez esbozados los distintos motivos temáticos que irán conformando el repertorio de toda la literatura dedicada al universo minero; y, por otra, en una serie de títulos publicados entre 1891 a 1935 en los que la presencia minera ocupa un lugar no central en los argumentos. Aquí se hallan obras de van desde *Marianela* de Galdós a la obra teatral de Clarín *Teresa*.

Están las obras que construyen una imagen negativa de los mineros y las obras que adoptan una actitud de compasión ante ellos.

El capítulo tercero aborda las obras consideradas más netamente mineras. Abarca desde la representación de *Daniel*, de Joaquín Dicenta, en 1907, hasta la aparición del libro de poemas de José María Morón, en 1933, pasando por la ligera incursión en el mundo minero de José Díaz Fernández en su novela *La Venus mecánica*. Con ellas se troquelan definitivamente los tópicos mineros gestados con anterioridad, se crean otros nuevos y se perfila así lo que será el repertorio completo y representativo del que en lo sucesivo echarán mano profusamente las obras posteriores. Se trata -además- de títulos importantes en la historia general de la literatura española (como *El metal de los muertos*, de Concha Espina; *Daniel*, de Joaquín Dicenta; *Minero de estrellas*, de José María Morón; *La amada del diablo*, de María Teresa León; los dos reportajes literarios de Ciges Aparicio, *Los vencedores y Los vencidos*; *El asalto*, de Julián Zugazagoitia, *Los topos*, de Isidoro Acevedo y el cuento *El sueño del minero*, del mismísimo Manuel Llaneza, que viene a señalar la importancia que los dirigentes sindicales le daban por entonces a la lucha ideológica en todos los frentes posibles en el que se incluía en un lugar privilegiado el literario).

En el capítulo cuarto se halla una muestra variada de los testimonios literaturizados que se escriben a propósito de la Revolución de Octubre de 1934, y justamente después de sucedidos los hechos. Aquí están recogidos desde los reportajes de Alfonso Camín, Díaz Fernández y Manuel D. Benavides, que miran desde la izquierda; la visión pretendidamente "neutral" de Aurelio de Llano; hasta una versión derechista: la de Gil Nuño del Robledal y varias, muy significativas, que se aportan por los sacerdotes desde el punto de vista eclesiástico y que sorprenden por la extrema habilidad con la que relatan lo que han vivido ellos mismos o han escuchado a otros. Aquí está la pieza teatral colectiva, pero achacable en la práctica a Albert Camus, *Rebelión en Asturias*, para significar la trascendencia internacional que tuvo la insurrección asturiana. Los relatos de militantes de izquierda como *Sangre de Octubre: U.H.P.*, de Maximiliano Alvarez Suárez, y *Liberación de Octubre*, de

María Teresa León y las novelas, publicadas mucho más tarde, en 1984, de Víctor Alperi, *Flores para los muertos* y de Jesús Fernández Santos, *Los jinetes del alba*.

El capítulo quinto revisa un amplio número de obras agrupadas aquí por haber sido publicadas en fechas posteriores a 1940, en la llamada posguerra, y en las que se dan tratamientos dispares de la temática, personajes, argumentos, puntos de vista y estructuras establecidos por la literatura sobre mineros escrita con anterioridad. Desde obras plenamente mineras como las de Ydígoras, Mauro Muñiz, Víctor Alperi-Juan Mollá, Jesús Castañón, Jesús Fernández Santos o Dolores Medio, hasta las que utilizan a los mineros en obras que persiguen otros alcances como las de Juan Benet, Luciano Castañón; Carmen Conde; Jesús Fernández Santos, Jesús López Pacheco, o Manuel Pilares. En este capítulo hay dos obras que destacan del resto por su original tratamiento de lo minero: *El vencido*, de Manuel Andújar y *La mina*, de Armando López Salinas.

El capítulo sexto selecciona de fuera de España a autores de distintas nacionalidades tales como Peter Oliva; Ken Follett, José Donoso, Bruno Arpaia o Víctor Montoya y de las obras aparecidas en España destacan las poéticas de Albino Suárez y de Celso Peyroux y las novelas de Josefina Aldecoa, Julio Llamazares, Juan Pedro Aparicio, Fulgencio Argüelles y Marcelino Iglesias.

## **Conclusión**

Y ya para acabar: mientras la conquista de los mares ha seducido desde siempre la imaginación de los escritores y escritoras, y han sido siempre bien tratados marinos y hasta piratas; tal vez porque, como recuerda José-Carlos Mainer en prólogo de este libro, las aventuras marítimas con sus peligros y azares, se han visto favorecidas por dioses mitológicos sabios y protectores como Posidón y Nereo. La conquista del subsuelo, por el contrario, no ha tenido tanta suerte en el reparto de las divinidades: se ha topado con un espacio presidido por un dios bien distinto: el terrible Plutón, dueño de los tesoros subterráneos y de las almas de los muertos. Pero, a pesar de tantas



adversidades, el mundo de las minas ha generado todo un riquísimo e imponente material literario que va a contribuir en el futuro a que permanezca en la memoria de forma indeleble un colectivo de trabajadores, hombres y mujeres, que han protagonizado en estos últimos más cien años, en el caso de España, una de las páginas más hermosas (y tan a menudo dolorosas) de la historia. Una historia que no podrá ser entendida sin contar con sus esfuerzos, los ejemplos de solidaridad tantas veces repetidos, su compañerismo, su conciencia militante alternativa, sus modos de organizar de la lucha reivindicativa... una historia a la que la juventud tendrá que recurrir y activar sus enseñanzas para poder defenderse como trabajadores y trabajadoras en un mundo cada vez más organizado desde presupuestos radicalmente injustos y cada vez más agitado por las desigualdades de todo tipo.

Muchas gracias.

BENIGNO DELMIRO COTO